

COLECCIÓN IDEAS, LETRAS Y VIDA

SERGIO FERNÁNDEZ

LOS SIGNOS PERDIDOS

Novela



EDITORIAL GENERAL DE EDICIONES, S. A. • MÉXICO

COLECCIÓN IDEAS. LETRAS Y VIDA

SERGIO FERNÁNDEZ

LOS SIGNOS PERDIDOS

Novela

CÍA. GENERAL DE EDICIONES, S.A MÉXICO

LOS SIGNOS PERDIDOS

COLECCIÓN IDEAS, LETRAS Y VIDA EAS LETRAS Y
VIDA

SERGIO FERNANDEZ

LOS SIGNOS PERDIDOS

NOVELA

COMPAÑIA GENERAL DE EDICIONES: SA-MÉXICO

DERECHOS RESERVADOS ("D. R.")

1958 por In

COMPAÑÍA GENERAL DE EDICIONES, S. A.

Río Nazas 55-B. México, D. F.

PRIMERA EDICIÓN

de la Compañía General de Ediciones, S. A.

(Septiembre de 1958)

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO PRINTED AND
MADE IN MEXICO

Al recuerdo, al que se desvanece en una constante
permanencia, dedicó las siguientes páginas. Porque

con la distancia la gente se convierte en símbolo y por eso, en rigor, aunque pueda creerse lo contrario, nunca se deja de estar enamorado cuando el ser que se ama se transforma en ausencia. Es la única vía de eternizar el sentimiento, la sola manera de volverlo inmortal. ¿No es ello, acaso, Dulcinea del Toboso?

Blanco

La imaginación, que confunde a los hombres al enlazarlos con una realidad que inventa, dio a la casa de Gerardo Castro una calidad singular: unida a las otras, comunicadas a su vez a otras y otras más, se extraviaba en su propia desilusión.

La proximidad que entre sí tuvieron las disimuló con el tiempo, un tiempo sin rigor, sin esfuerzo, inagotable como el camino que recorre, al soñar, aquel que no habrá de llegar a sitio alguno, aquel que persiste en soñar.

¿Por qué desilusión? ¿Por qué no desengaño? ¿Eran formas opuestas de contemplar la vida? Todo partía de una experiencia natural, explicable en el caso de que hubiera el empeño de esclarecerla. Pues la casa no había sido engañada: simplemente tuvo una desilusión que, al irse de sus manos aniquiló, de ésa manera, el vuelo del deseo, acalló -¿para siempre?- a la esperanza, quemó el recurso de la infelicidad.

El desengaño era distinto: quitada la venda de los ojos, era posible, acaso, volver a ese punto inicial -manso, dormido- en el que estamos colocados hasta que la imaginación nos toca para lanzarnos al desorden que consiste en atrapar una nueva ilusión.

La casa -¿a qué indagar las causas, las pruebas, las señales? permaneció, desde entonces, en calma. Sin embargo esa noche, cuando, al abrir la puerta, entró Clemente llevando consigo el peso de un amor que

para sí juzgaba necesario, se preguntó qué era, finalmente, la vida; qué era para un grupo de gente reunida en una noche; qué era si cada quien tenía un círculo de grave desconfianza que nunca acababa de desenlazar. Se preguntó qué era la vida, el mundo, ese pequeño trozo replegado, encendido por empeños estrenados día a día y que colmaban, por sí solos, toda su superficie. Se preguntó, también, qué sentido tenía la reunión de esa noche si comulgaba con otras, aquellas en las cuales se soldaron nudos permanentes de memoria o de olvido.

(Porque fuera de allí, en diferentes cuartos, en rincones sumisos, en ciudades lejanas como puntos, los hombres se juntaban también. Rita decía que para hablar, con un insomnio sin medida, igual que si la verdad, frívola y azarosa, pudiera limpiar las confusiones que como arrugas surcaban las conciencias.)

Se preguntó qué era la vida si su fugacidad la hacía borrarse antes siquiera de advertirse. Entonces pensó que la vida como si tímidamente presintiera la llegada de un desconocido- huía alterada por la desilusión. Y sus cercos, estrechos, aleteaban como halcones pendientes del silbato del dueño, sin más recurso que un vigilado escape.

Y se dijo, también, que la vida, esa noche, no era sino parte de vidas que otros seres, más adelante en otras noches, habrían de continuar. Se dijo que una vida era

sólo una breve intromisión, una invasión secreta, un callado fisgar a la vida de todo el universo. Y llegada la muerte todo quedaba igual, como queda el estanque una vez que ha tragado la piedra y esfumado las ondas que deja al sumergirse.

blanco

LA LLEGADA

Así que mejor será pasar en silencio lo que sin dolor no puede traerse a la memoria.

BALTASAR CASTIGLIONE: El cortesano.

blanco

"Hay algo en ti que me confunde", le dijo plácidamente, sin el menor asomo de ironía o malestar. Y, al recordar la frase, que como todo lo que de ella provenía, turbaba su conciencia, vio a Clara, la sirvienta, abandonar el cuarto después de explicarle que el señor bajaría en seguida. Por lo visto nadie llegaba aún, pensó. Y una mirada rápida, que comparó la realidad (lo que sucede con frecuencia aun cuando esa realidad jamás se haya vivido) con la imagen previa que tenía del estudio, le indicó que todo, fuera de ese cuadro encima del librero, que todo, absolutamente, estaba igual.

-¡Qué frío! -dijo en voz alta. Se quitó los lentes y, apretándose una mano con otra, fue a sentarse.

Otra vez juntos. ¡Qué falta de invención! ¿No se cansaban? Los mismos de siempre: Rita, Maria, Teresa... Cruzó las piernas y recorrió con los ojos la mesa del fondo llena de bebidas, la chimenea, el biombo, el sofá. Entre ellos, como si esperara una indicación para estallar, oyó de nuevo lo dicho por Mercedes. ¿Era tan evidente su cariño que no podía ocultarlo por más tiempo? Sabía que se comentaba a espaldas suyas, pero no porque él, Clemente, lo hubiera propagado. La aclaración que le pidió (y ella, al contestarle, no lo miró de frente) fue inevitable. La confundía su trato; en él se notaba algo distinto a la amistad que desde tanto tiempo los unía. "Intuición, ¿qué sé yo?" Tomaron café y allí, interrumpidos por el movimiento de la gente, él lo negó. ¿Confundirla? Era, se sentía, el de siempre. Y la escena, al revivir en la

memoria, era tan justa, tan precisa, que armonizaba con el sofá, el biombo y los libreros del estudio.

Pero, ¿qué hacía Gerardo? ¡Si siquiera encendieran esa chimenea! Mas la conversación que sostuvieron no lo dejó pensar -aun cuando la habitación estaba arriba y se oían los pasos indistintamente en la temperatura, en la tardanza de Gerardo. Le había mentido y ella, que no lo ignoraba, lo pasó por alto. ¿Por qué le faltó valor para decírselo? ¿Fue el presentimiento de perderla o es que su amor nada ofrecía? ¿Quizá la creencia de que era obvia toda explicación? ¡Qué taimadas eran las mujeres! ¡Hasta ahora, después de cinco años, estaba confundida! Si mintió fue para no enojarla, para ver si así conseguía sus propósitos. ¿No era ese el consejo de los que triunfaban? Y Mercedes-que llevaba un traje azul marino, sin insistir (tenía un compromiso media hora después), le dijo que la acompañara; que se alegraba de que fuera suya, y no de él,

la confusión. Más desganado sacó el pañuelo y se limpió los párpados lo que sucedía era que ella se apartaba de la certidumbre de esa realidad. Lo utilizaba -¿a qué engañarse?- siempre a manera de confidente: era su amigo, su mejor amigo. Y esas palabras, opuestas al verdadero sentimiento que tenía por ella, lo agitaron, lo enardecieron. Fueron como esos rayos de luz que imprevistamente, cuando se sale de la sombra, hieren y ciegan la mirada.

Ojalá no le ardieran los ojos en el transcurso de la noche. Y guardó el pañuelo en el bolsillo. Pero él, sólo él, era el culpable. ¿Por qué no le propuso matrimonio después de su divorcio con Gerardo? ¡Como si la vida pudiera, aun cuando por momentos, suspenderse! Tal vez habría aceptado; pero ahora, casada con Héctor, la situación era imposible. ¿Por qué no la evitaba? ¡Qué error estar en casa de Gerardo! Pero ella, aprovechando la ausencia del marido, iría a la cena y ése, inevitablemente, fue el imán. ¿Carecía de sensibilidad o la ocultaba para no demostrarle que lo entendía?

La acompañó, la dejó en una tienda y se despidieron sin proyectar un nuevo encuentro. Había regresado a pie, sin prisa, a su departamento. Vio de nuevo (la memoria parecía más pródiga, mucho más generosa con los seres que, como él, se torturaban a sí mismos) a la vieja que tropezó al subir la escalera. Había dicho un insulto y, apenado como si hubiera provocado la caída, la ayudó a recoger las verduras que rodaron de la canasta. Eran zanahorias y un macizo de apios. Sonrió. Desde entonces (lo cual era bastante cómico) los apios, como si estuvieran dotados de un malsano poder, le ocasionaban, en el recuerdo, una extrema opresión: constituían su más íntima liga con lo que en Mercedes bien podría llamarse engaño o indiferencia.